

— Sí, contestaba su amigo.

— ¿Te parece bien?

— Sí.

— ¿Te alegras?

— Sí.

— No me sorprende — añadió bufando de cólera. — Reconozco tu derecho, y sé que darías buena cuenta del inglés... ¡Demonio!.. Si yo no pudiera ir... hablaríamos. Pero iré, aunque el mundo se hunda. No hay centinela que me detenga, ni prisión que me sujete. Si me fusilan, te juro que iré después de fusilado; el coronel Montero es muy capaz de resucitar para batirse. Ahora, señor ayudante, vamos á ver qué quiere Su Excelencia... Ya he dicho que estoy á vuestras órdenes.

Diciendo esto, echó á andar con aire majestuoso y marcial continente. Siguióle el oficial á respetuosa distancia con la sumisión de un subalterno, guardándole las mayores consideraciones. Y yo pregunto: ¿Por qué tanto respeto? ¿Porque era coronel, ó porque era conspirador?

El amigo permaneció en la esquina hasta que los vió desaparecer en el extremo de la calle. Entonces les volvió la espalda, tomando la dirección opuesta, y diciendo entre dientes:

— ¡Oh!.. ¡Qué sabía es la Providencia!..

Así acabó el famoso baile de la embajada inglesa.

CAPÍTULO V

EL DUELO

¿No conocen ustedes el saloncito azul de los señores de Miramar?

Pues es el más modesto rincón de la casa. Allí el piano, abierto como una boca que sonríe, muestra sus teclas de marfil y ébano; el caballete presenta más allá, con la seriedad de un juez, un paisaje recién concluído, en el que, real y verdaderamente, la tierra se confunde con el cielo. En este lado una lujosa jardinera deja ver sus verdes hojas y sus menudas flores; en el otro un precioso escritorio de palo santo luce sus elegantes formas. Hay en medio de la estancia un velador, cuyas molduras descubren lo macizo de la caoba; cuatro estantes pequeños, que más parecen de encaje que de madera, encierran libros selectos, ricamente encuadrados; anchos espejos cubren los recuadros de las paredes, multiplicando la luz, el espacio, los muebles y las personas; limpia chimenea de pulido mármol templada suavemente con su fuego el aire que se respira; jarrones de porcelana ostentan sus vivos colores, y alzan sus elegantes brazos ricos candelabros de severo bronce. Y todo esto se destaca sobre el fondo azul que forman el diván, las butacas, los sillones, la alfombra y las cortinas. Es la pieza en que la familia toma café después de comer, y donde no entran más que los amigos de confianza.

Algunos de ellos se hallaban reunidos en el salón azul

la noche siguiente al baile de la embajada inglesa. El duquesito con su voz de tiple y César con su voz de bajo entretenían á los demás amigos, sosteniendo una disputa, una disputa que, como todas, parecía interminable.

La señora de Miramar, que había dormido poco la noche anterior y había comido muy bien aquella noche, mostraba por el aire meditabundo de su semblante que no era insensible á las seductoras tentaciones del sueño. Margarita, por el contrario, escuchaba con particular atención á uno y á otro; circunstancia que avivaba el calor de la contienda, porque ninguno de los dos había obtenido nunca honor semejante. Los demás se permitían de vez en cuando alguna exclamación, inclinándose, ya en favor del uno, ya en favor del otro, según los incidentes del debate; mas en rigor, se puede decir que oían y callaban.

El duque hacía uso de la palabra en los siguientes términos:

— Yo aseguro, y esta es la cuestión, que el marqués ha herido mortalmente á su adversario. ¡Demonio! ¿Qué inconveniente hay en creer esto?

Y César replicaba:

— Uno solo, á saber: que el caso no tiene precedente; que está, por tanto, en oposición con la historia, y que además es absurdo; en primer lugar, Montero cuenta en su hoja de servicios más de veinte desafíos, y no se ha dejado herir en ninguno. ¿Es creíble que haya ido á dejarse matar en éste?

El duque se llevó las manos á la cabeza, y César continuó:

— Poco á poco, que todavía no he concluído. ¿Qué quiere decir un duelo á primera sangre? Claro está: quiere decir que es un duelo en el cual no ha de morir ninguno de los combatientes. Esto es elemental. Las condiciones de un lance son sagradas como las deudas del juego; un

desafío es un contrato bilateral, que no puede romperse ni alterarse sino por el mutuo convenio, por el común acuerdo de las dos partes. Se me dirá que uno de los dos *puede...* (el *posse* nadie lo niega) violar el convenio y matar á su adversario; pero entonces..., ¿quién lo duda?.., el muerto



Margarita escuchaba con particular atención á uno y otro

tiene opción evidente, incontestable, á una reparación completa. En resumen, el duelo de que se trata era un duelo á primera sangre, y por lo tanto, no ha podido causar la muerte de ninguno de los dos adversarios. Tal es el derecho. Mas si alguno, por flagrante violación del contrato, resulta mortalmente herido, por fuerza el marqués es el muerto. Esta es la historia.

Los circunstantes se miraron arqueando las cejas. Querían decir: «¡Oh, oh..., será ministro!» Y en verdad, seme-

jante elocuencia merecía una cartera en cualquier ministerio parlamentario.

— Bueno — replicó el duque. — Yo no desconozco tu talento ni niego tu erudición; pero ¡canario!, yo sé que el diplomático ha atravesado de una estocada el pecho de su contrincante. Esto se cuenta en el café de donde yo vengo, esto se repite por todas partes sin que nadie lo contradiga. Ya sabemos que Montero es un duelista consumado. Corriente; ¿y qué?.. Mi maestro de esgrima dice que hay una estocada imprevista, desconocida, que es la que mata siempre á los grandes maestros, y en el caso presente..., ya ves..., la cosa es clara..., no tiene vuelta de hoja.

— Empequeñeces la cuestión — dijo César — encerrando el debate entre las cuatro paredes de una sala de esgrima. No es eso; hay que mirar más alto. Se trata de un duelo entre un bizarro coronel y un secretario de embajada, y disputamos acerca de quién es el vencedor y quién es el vencido. Pues bien; yo pregunto: ¿dónde la diplomacia ha vencido á las armas? Cuando hablan los cañones callan los protocolos; los nudos más diplomáticos los corta siempre la espada de un Alejandro. ¿Qué valen las notas ante las balas? ¿Qué significa una embajada ante un ejército?.. ¿Qué es una conferencia ante una batalla?..

— ¡Ah, ah!.. — exclamó el duquesito con el punto más agudo de su voz de tiple, y poniéndose de pie, como impulsado por un resorte. — Veamos esto. ¿Qué es una alianza?.. Una gestión diplomática, un protocolo. ¿Quién fué Napoleón?.. El capitán del siglo... ¿Dónde acabó el imperio?.. En Waterlío... ¿Qué fué Waterlío?.. El triunfo de la alianza, del protocolo, de la diplomacia sobre el capitán del siglo... ¡Caramba!

Dijo, y cayó desplomado sobre su asiento, como si la fuerza expansiva de la réplica lo hubiera tirado de espaldas.

La señora de Miramar abrió los ojos para volver á cerrarlos; Margarita se sonrió, y todos los presentes inclinaron la cabeza en señal de asentimiento. Pero César lleva un nombre glorioso y no se dejaba vencer fácilmente.

— ¡Oh, oh!.. — prorrumpió imitando las exclamaciones de su adversario. — No nos dejemos deslumbrar por la falsa luz del sofisma. Víctor Hugo, que ha recorrido recientemente el campo del combate, que ha examinado hasta sus más pequeños accidentes, que ha podido contar las señales de las balas en las paredes y en las piedras, que ha visto las huellas de la sangre, el rastro de los escuadrones, los surcos de la artillería, los huesos desenterrados de los cadáveres, y hasta parece que ha oído los gritos de los combatientes, asegura que la batalla de Waterlío no la ganó nadie.

— Sí, sí — advirtió el duque; — pero no hay que olvidar que allí cayó el imperio.

— El imperio — insistió César — vive todavía, mientras que los tratados del año 15 ya no existen. Mas... pregunto: los treinta mil prusianos que llegaron á Waterlío en los momentos críticos, ¿eran secretarios de embajada?

— Ahí tienes — contestó el duque — la estocada imprevista, la estocada desconocida que mata siempre á los grandes tiradores.

Se sabe dónde empieza una disputa, mas es muy difícil averiguar dónde concluye; y es que las disputas no concluyen; se suspenden, se interrumpen, se cortan, pero no se acaban. Dos hombres disputando son dos líneas paralelas, que marchan siempre á igual distancia sin encontrarse nunca.

Un criado detuvo la palabra pronta á salir de los labios de César. Entró llevando en la mano varios periódicos, que colocó respetuosamente sobre el velador de caoba.

— Veamos — dijo Margarita — si los periódicos nos dan más luz que estos señores.

Uno que se hallaba inmediato á la mesa cogió el primer periódico que se le vino á la mano y comenzó á hojearlo. En la penúltima plana debió encontrar lo que buscaba, pues exclamó:

— Señores, oigan ustedes lo que dice *La Correspondencia*:

Todos prestaron atención, y él leyó lo siguiente:

«Por desgracia no ha sido feliz el resultado del lance pendiente entre un conocido militar y un alto diplomático, pues hay que lamentar una herida ligera, bastante grave, entre el pulmón izquierdo y el pericardio, que tiene más de dos pulgadas escasas de profundidad. La ciencia se propone hacer nuevas investigaciones en la autopsia del cadáver del enfermo, que ofrece muchas esperanzas de salvación.»

Todos quisieron hablar á un tiempo, sin duda para comentar el párrafo de *La Correspondencia*, que acababan de oír; pero Margarita impuso silencio preguntando:

— ¿No dice más?

— Sí — contestó el que leía. — Aquí veo otro *suelto* que trata del mismo asunto. Son pormenores interesantes — añadió sonriéndose. — Dice de esta manera:

«Sabemos de un modo positivo que los cuatro testigos del lance son españoles, excepto un francés. Altos respetos nos obligan á callar sus nombres, que ya corren de boca en boca.»

Hubo un momento de hilaridad general, expansión en la cual no tomó parte Margarita, que parecía vivamente contrariada.

A la hilaridad producida por la lectura del segundo párrafo de *La Correspondencia*, sucedió un momento de silencio, que César aprovechó reanudando la disputa empezada, en los siguientes términos:

— Tenemos — dijo — que el lance se ha verificado.

— Eso es lo que yo sostengo — afirmó el duque.

— Tenemos además una herida.

— Cabalmente; esa es mi afirmación.

— Estamos conformes — añadió César. — Mas... ¿quién es el herido?

— *That is the question.*

Iba el debate á empezar de nuevo; mas el que tenía el periódico en la mano se interpuso diciendo:

— ¡Eh, señores!, que todavía no he concluído, y me parece que van ustedes á quedar iguales. No hay duelo, ni herida, ni testigos..., ni autopsia siquiera.

— ¡Cómo!.. ¡Cómo!.. — exclamaron todos.

— La misma *Correspondencia* contestará á ustedes... Atención. He aquí sus palabras:

«Competentemente autorizados, podemos desmentir á última hora los rumores que circulan acerca del lance de que tanto se habla y de que se han hecho eco los periódicos de oposición. Sabemos por conducto que nos merece entero crédito, que las dignas autoridades de Madrid, con un celo admirable y un tacto exquisito, han intervenido en el asunto, haciéndolo imposible.»

Mientras escuchaban la lectura de estos renglones, un nuevo personaje se introdujo en el salón, el cual se adelantó lentamente, deteniéndose ante la señora de Miramar, dudoso si debería saludarla ó esperar á que despertase para ofrecerle sus respetos. Le pareció, sin duda, una crueldad interrumpir tan profundo sueño, y dejó á la madre sumergida en las dulzuras de su tranquilo letargo, y se volvió á la hija para estrechar su mano.

Este nuevo personaje era un joven de agradable presencia y finos modales, á quien Margarita solía distinguir entre los diferentes satélites que, astronómicamente hablando, daban vueltas alrededor del astro luminoso de su hermosura.

Al estrechar su mano la señorita de Miramar, dijo:

— Va á ser imposible averiguar la verdad. *La Correspondencia* se contradice, embrollando el asunto con sus inagotables dislates, y ustedes no saben nada de cierto.

El recién llegado se sentó diciendo:

— No hagan ustedes caso de lo que dice *La Correspondencia*. Al entrar he oído lo que Casavieja leía. Veo al duque estupefacto, á César triunfante y á los demás mudos, y, vamos, será preciso que yo rectifique esa noticia para que salgan ustedes de dudas. Estoy perfectamente enterado.

— ¿Qué ha sucedido, pues? — preguntó Margarita con vivo interés.

El recién llegado exhaló un profundo suspiro, y echando una pierna sobre otra, paseó su triste mirada por el auditorio, y exclamó con ademán abatido y acento de seguridad completa:

— Ha habido duelo..., herida y testigos.

El duque vió el cielo abierto, y se apresuró á preguntar:

— ¿El coronel es el herido?

— No.

Fué la respuesta que obtuvo.

— Luego es claro — dedujo César — que la víctima ha sido el diplomático... No podía ser otra cosa... Mis argumentos no tienen vuelta de hoja.

— Tampoco — replicó el recién llegado. — El marqués saldrá esta noche para Inglaterra, y Montero habrá salido ya para Cádiz.

Todos soltaron la carcajada.

— ¡Ah! — exclamó la señorita de Miramar con evidente mal humor. — Esto es insufrible. Parece el juego de los despropósitos; y, sea lo que quiera, una cosa tan seria la estamos convirtiendo en asunto de risa.

— Yo hablo formalmente — dijo el joven. — He sido testigo del lance; vengo en este momento de cumplir mis últimos deberes; y si el caso es raro, irregular, extraordinario, no es por eso menos cierto ni menos triste.

Margarita lo interrumpió diciendo:

— Pues acabemos de una vez, y sepamos lo que ha sucedido, si por ventura es posible saberlo. Cuente usted lo que sepa... sin omitir circunstancia ninguna...

Y bajando los ojos, añadió:

— Tengo excitada la curiosidad, y voy á ser toda oídos.

Los circunstantes tomaron las actitudes más cómodas que pudieron encontrar, y el recién llegado dió principio á su relato de esta manera:

— La cita era á las cinco de la tarde, en el Canal. El sitio destinado antes á los suicidios, bien podía servir ahora para un duelo, porque al fin..., ¿qué más da? Todo es ir á matarse. A las cinco menos tres minutos estábamos en el terreno el marqués, su otro testigo y yo; y... la verdad, los tres nos encontrábamos preocupados: el marqués porque iba á batirse, y eso siempre preocupa; nosotros, porque conociendo á Montero, no dábamos un cuarto por la vida del diplomático. El motivo del lance no era ciertamente para llevar las cosas á un deplorable extremo; mas nuestro orgulloso marqués iba á verse frente á frente de un terrible adversario, que indudablemente, y Dios sabe por qué, ha buscado esa ocasión de riña... Conforme se acercaba el momento, nuestros temores de una catástrofe se aumentaban. Sabíamos que el coronel se hallaba desde la madrugada detenido en las prisiones militares de San Francisco, y no obstante, sus testigos nos habían asegurado que acudiría á la cita, y nosotros contábamos con su influencia y con su audacia, seguros de que haría un esfuerzo supremo para no faltar á la palabra empeñada. Eran ya las cinco en mi reloj, y nadie parecía. Esperamos dos minutos más, que á mí

me parecieron dos siglos; podíamos, pues, retirarnos; nuestro compromiso estaba cumplido. Yo iba á proponerlo, movido por la impaciencia que me agitaba, cuando un ruido lejano llegó hasta nosotros, helándome la sangre. A los pocos instantes vimos llegar un coche, que se paró junto al nuestro; tres personas se apearon, ninguna de ellas era Montero, y... francamente, respiré.

Aquí hizo una pausa, que los oyentes aprovecharon para colocarse más cómodamente en sus asientos, y prosiguió:

— De las tres personas que salieron del coche, dos eran los testigos del coronel; la otra no la conocíamos. Los primeros vinieron á buscarnos, mientras el desconocido permaneció junto al coche. «¿Qué ocurre?, pregunté á los que llegaban. — Ocorre, contestó uno de ellos, que el coronel Montero ha intentado escalar su prisión, ha querido atropellar al centinela, ha bramado como un toro, ha rugido como un león, y todo ha sido inútil. En una palabra, no ha podido venir. — En ese caso, dijo mi compañero, firmaremos un acta, donde conste lo ocurrido, el honor de ambos quedará á cubierto de cualquier sospecha insensata, y asunto concluído, á lo menos por ahora. — Poco á poco, replicó el otro testigo; Montero no falta nunca á estas citas, y si no traemos su brazo, traemos su espada.» Mi compañero y yo nos miramos llenos de estupor, sin saber qué pensar de las extrañas palabras que acabábamos de oír; pero el que hablaba nos sacó pronto de dudas, añadiendo: «Aquel caballero que ven ustedes allí viene á ocupar su puesto. — ¡A batirse por él!, exclamamos todos, llenos de asombro. — Ni más ni menos, contestó; es cosa convenida entre ellos, y aceptada por nosotros. — Pero esto, le advertí yo, es inusitado. — No lo niego, me dijo con la mayor indiferencia. — Yo pregunté: ¿Y si el marqués no admite semejante substitución?... — ¿Qué le hemos de hacer?, me contes-

tó; firmaremos un acta declarando muy formalmente que ha rehusado batirse, y el coronel, más tarde ó más temprano, aquí ó en Londres, arreglará esta cuenta que deja pendiente con ese caballero.» Nosotros consultamos con el marqués, que se encogió de hombros, sometiéndolo al caso á nuestra decisión. Mi compañero y yo discutimos el punto, y he aquí las reflexiones que nos decidieron á adoptar una determinación, que tal vez parezca poco meditada. Nosotros decíamos: El adversario que se nos presenta no puede ser tan temible como Montero, y esto es siempre una ventaja. Por otra parte, corre el rumor de que el coronel ha sido preso por una delación de su contrincante, y semejante especie, muy en boga, y tanto más creída cuanto más absurda, hace más delicada la posición del marqués. Además, si en uso de nuestro derecho no admitimos al inesperado adversario, el lance quedará pendiente, el coronel no lo dejará de la mano, y el encuentro podrá ser atroz; mientras que ahora es probable que todo quede terminado con un rasguño. En los duelos, la cuestión es batirse; con quién, importa poco. El substituto presentaba todo el aspecto de un caballero, lo enviaba el coronel, y venía bajo la garantía de los testigos... Volverse á Madrid sin haber cruzado las armas, habiendo adversario, era exponerse á los tiros de la maledicencia y del ridículo; era exponerse á ser, á lo menos por veinticuatro horas, la fábula de la corte; porque la sociedad, que se horroriza del duelo y se indigna contra los que se baten en desafío, se mofa con igual encarnizamiento de los que no quieren batirse... Todo lo pensamos, y al fin nos decidimos.

Llegaba el relato al punto más interesante: así es que cada uno se dispuso á prestar una atención más viva. Hasta la señora de Miramar salió por un momento de las profundidades de su sueño, dió una vuelta indolente sobre los muelles de la butaca, cambió de postura y volvió á dormir.